

Navarra francesa), lo cual hace presumir que el autor había recorrido los parajes que fueron teatro de la derrota.

¿Quién fué este segundo é impudente falsario, que llega á tomar el nombre de Turpin y poner en su boca la narración, lo cual nunca hace el primero? Gastón París atribuyó estos capítulos á un monje de Viena del Delfinado; pero Dozy manifiesta opinión muy contraria. Que este nuevo Turpin era también francés, no tiene duda, como tampoco que le interesaban mucho las pretensiones de Compostela, donde probablemente escribía, y donde se ha conservado su libro formando parte del célebre Códice Calixtino; pues por una superchería todavía más grave que la del *Turpin*, se pusieron á nombre del gran pontifice Calixto II una colección de milagros de Santiago, una historia de su traslación, y otras piezas más ó menos apócrifas ó sospechosas, aunque todas sean hoy de inestimable valor para la crítica de las leyendas (1). Esta compilación, dividida en cinco libros (de los cuales el último era como el manual ó guía del peregrino en Santiago) fué donada por Aimerico Picaud del Poitou á la Iglesia de Santiago por los años de 1140 (fecha que no puede ser muy posterior á la de su primitiva redacción, en que acaso intervino el mismo Aimerico); y copiada luego en todo ó en parte por los peregrinos, es la que mayormente extendió por Europa el conocimiento del *Pseudo Turpin*, á la vez que entre los *clérigos* españoles autorizó el principal tema de la epopeya Carolingia.

Pero fuera del círculo en que imperaban las ideas galicanas y cluniacenses, no podían ser recibidas de

(1) A las antiguas ediciones de la *Crónica de Turpin*, por Sichardo (1566, Francfort) en *Germanicarum rerum vetustiores chronographi*, y de Ciampi (Florencia, 1822), ha sustituido la de M. Castets, profesor de Montpellier, que pasa por mucho más correcta que todas las precedentes.

buen grado, sino con vehemente protesta del sentimiento nacional, las fabulosas conquistas de Carlomagno en España, como tampoco los homenajes que los cronistas francos (Eginhardo, el poeta sajón, el astrónomo lemosín, los Anales de Metz, de Fulda, de Tili; los Bertinianos, Loiselianos, Laureshamenses, Reginón y otros) referían haber hecho Alfonso II el Casto á Carlomagno por medio de sus embajadores Froia y Basilisco, portadores de riquísimos presentes: embajada honorífica que Eginhardo interpreta como acto de formal sumisión (1).

Nuestros exiguos cronicones de los primeros siglos de la Reconquista nada dijeron de estas embajadas, lo cual no es razón suficiente para negarlas. De la expedición de Carlomagno á España habló por primera vez el monje de Silos á fines del siglo XI ó principios del XII, para protestar con indignación patriótica contra la idea de que ninguna gente extraña hubiese ayudado á los españoles en la empresa de su reconquista. Muéstrase enterado de las narraciones de los historiadores francos, especialmente de Eginhardo, pero niega en redondo que Carlomagno conquistase ciudad alguna de este lado de los Pirineos; y después de referir el llamamiento del moro *Hibinnalarabi*, gobernador de Zaragoza, atribuye la retirada de Carlomagno á haberse dejado seducir por el oro de los infieles, añadiendo con profundo desdén y gran injusticia que Carlos prefería á las fatigas de la guerra el deleitarse en las termas de Aquisgram, y que la belicosa España no es para domada fácilmente por *milites togados* (2).

(1) *Adeo namque Hadephonsum Galleciae atque Asturicae regem sibi societate devinxit, ut is, cum ad eorum vel litteras vel legatos mitteret, non aliter se apud illum quam proprium suum appellari iuberet* (págs. 38-39).

(2) *España Sagrada*, XVII, pág. 230. «*Caroli Magni adventus in Hispaniam*».

«*Ceterum a tanta ruina, praeter Deum patrem, qui a peccatis hominum in virga misericordiae visitat, nemo exterarum gentium*

En cuanto á Roncesvalles, copia el segundo relato de Eginhardo, y trae, por consiguiente, el nombre de Roldán (*Rotholandus Britannicus Praefectus*).

A mediados del siglo XII los relatos poéticos franceses estaban tan vulgarizados, que el cantor del sitio de Almería, y cronista del Emperador Alfonso VII, los recordaba como cosa notoria á todos, para sacar de ellos comparaciones en honor de su héroe favorito, Alvar Fáñez:

Tempore Roldani si tertius Alvarus esset,  
Post Oliverum, fateor sine crimine verum,  
Sub juga Francorum fuerat gens Agarenorum,  
Nec socii chari jacuissent morte perempti.

Sagazmente nota Gastón Paris sobre este pasaje que la forma popular y no erudita del nombre de Roldán, y la asociación de su nombre con el de Oliveros, apenas mencionado en el *Turpín*, son indicios de que el anónimo poeta latino conocía alguna canción de gesta análoga al *Rollans*, si no era el *Rollans* mismo, cuya divulgación en España puede remontarse al mismo siglo XI.

Pero al pasar la leyenda de Roncesvalles de los juglares franceses á los castellanos, comenzó á españo-

*Hispaniam sublevasse cognoscitur. Sed neque Carolus quem infra Pyreneos montes quasdam civitates a manibus Paganorum eripuisse Franci falso asserunt... Tunc Carolus rex persuasione praedicti Mauri spem capiendarum civitatum in Hispania mente concipiens, congregato Francorum exercitum per Pyrinea deserta juga iter arripiens ad usque Pampilonensium oppidum incolumis pervenit: quem ubi Pampilonenses vident, magno cum gaudio suspiciunt. Erant enim undique Maurorum rabie coangustati. Inde quum Caesaraugustam civitatem accessisset, more Francorum, auro corruptus, absque ullo sudore pro eripienda a Barbarorum dominatione Sancta Ecclesia, ad propria revertitur. Quippe bellatrix Hispania duro, non togato milite concutitur. Anhelabat etenim Carolus in terminis illis citius lavari, quas Grani (a) ad hoc opus deliciose construxerat.*

(a) *Gravi* dice el texto del P. Flórez, pero me parece evidente la corrección *Grani* (Aquisgran).

lizarse en términos tales, que más que imitación ó continuación, fué protesta viva del sentimiento nacional contra todo invasor extraño. Un personaje enteramente fabuloso, pero en cuya fisonomía pueden encontrarse rasgos de otros personajes históricos, apareció primero como sobrino de Carlomagno y asociado á sus triunfos, después como sobrino del Rey Casto, y como único vencedor de Roncesvalles. Luego apuntaremos lo que con más verosimilitud conjetura la crítica sobre los diversos estados de formación de esta leyenda. Antes conviene presentar los principales datos de ella, tal como estaba ya enteramente formada en el siglo XIII, tal como la leemos en los más antiguos textos, que no son, por desgracia, los primitivos *cantares de gesta*, sino los extractos que de ellos hicieron los cronistas eruditos, el Tudense, el Toledano (1) y la *Crónica General*. La caprichosa invención de los juglares se había incorporado ya en la historia, y la historia hundió en el olvido los anteriores monumentos poéticos.

Conviene en muchas cosas substanciales D. Lucas de Túy y el arzobispo D. Rodrigo; pero en otras profundamente difieren, lo cual prueba que tenían diversas fuentes ó que las interpretaban con diverso espíritu. En uno y otro, Bernardo es ya leonés por ambas líneas, nacido, según el Tudense, de ilícitos amores; según el Toledano, de secreto matrimonio (*furtivo conubio*) del conde D. Sancho con la hermana del Rey Casto, Doña Ximena (Scemena). En uno y otro, este ayuntamiento es castigado con prisión del Conde en un castillo (que el Tudense dice ser el de Luna), y encierro de Doña Ximena en un monasterio. En uno y otro, el Rey, que no tenía hijos, educa con gran esmero á Bernardo, que en su adolescencia sobresalía

(1) *Lucae Tudensis Chronicon Mundi*, lib. IV. (En el tomo IV de la *Hispania Illustrata* de Scoto, 75-79).

— *Roderici Ximenii de Rada, Toletanae Ecclesiae Praesulis, De rebus Hispaniae*, lib. IV, caps. IX, X, XI, XV, XVI. (En el tomo 3.º de los *PP. Toledanos*).

entre todos por su aventajada estatura, gallardo aspecto, elocuencia, ingenio y destreza en las armas. Cuando Carlomagno, envanecido con sus triunfos en Cataluña y en Vasconia, escribe al rey Alfonso para que se haga vasallo ó súbdito suyo, Bernardo, lleno de ira, presta auxilio á los sarracenos. Obsérvase aquí una variante notable: en la narración de D. Rodrigo, Alfonso el Casto aparece en connivencia con el Emperador, á quien secretamente llama á España, ofreciéndole la sucesión de sus reinos, por carecer de hijos. Los magnates de Alfonso, al enterarse de tal embajada, estallan en indignación, y llevando Bernardo la voz de todos, obligan al Rey á revocar su promesa, amenazándole, si no, con arrojarle del reino y romper toda fidelidad, porque (añade el cronista) «querian más morir libres que vivir en la servidumbre de los Francos». El rey, aterrado con las amenazas, envía nueva embajada á Carlos, volviéndose atrás de lo prometido. Carlos, sediento de venganza, traspasa los Pirineos y es derrotado en Roncesvalles, no á la vuelta, sino á la ida; no en su retaguardia, sino en su vanguardia; no por los moros de Zaragoza, sino por el rey Alfonso el Casto con un ejército de cristianos de Asturias, Alava, Vizcaya, Navarra, la Rioja y Aragón. Bernardo estuvo siempre al lado de Alfonso, aunque corrió falsa voz de que venía por los puertos de Aspa con un ejército de sarracenos. El toque de la bocina de Roldán se atribuye aquí á Carlomagno, que con su tañido congrega á los dispersos, para emprender su retirada. Carlos muere en Aquisgrán aquejado por el pesar de la derrota, y manda que en su epitafio quede en blanco la parte correspondiente á la guerra de España, de donde volvía sin gloria y sin venganza.

Para el Arzobispo D. Rodrigo, por consiguiente, Roncesvalles fué una victoria nacional, una victoria de todos los pueblos cristianos de España, acaudillados por el Rey de León. Este ardiente españolismo suyo, tan raro en la Edad Media; este sentido de la

unidad nacional, que es el gran timbre de su obra histórica, le hace protestar malhumorado contra las fábulas de los juglares franceses y contra los que les daban crédito (*nonnulli histrionum fabulis inhaerentes*), y negar con el mismo vigor que el Silense, que el Emperador hubiera conquistado ciudades y castillos en España, ni ganado batallas contra los árabes, añadiendo que tampoco era verdad que hubiese abierto el camino de Santiago: en lo cual se ve una clara alusión contra el falso *Turpín*, principal propagador de esta patraña. Dedicó un capítulo entero á enumerar los verdaderos conquistadores de las ciudades de España, para rendir con el peso de la evidencia á los que estuviesen preocupados por fabulosas narraciones.

De muy distinto modo veía las cosas el Tudense, ó por ser su patriotismo menos ardiente que el de don Rodrigo, ó porque conciese la leyenda en una forma más antigua y menos españolizada. Atribuye el triunfo al rey Marsilio, entre cuyos auxiliares figuran algunos navarros (los *vascones* de Eginhardo) y también Bernardo, que, al parecer, pelea por su cuenta y riesgo, y *postpuesto el temor de Dios*, ayuda á los sarracenos en la matanza. Tampoco era natural que el obispo de Tuy rechazase las tradiciones compostelanas acerca de Carlomagno; y aunque no le concede la gloria de haber abierto el camino de Santiago, le hace venir como peregrino á visitar el sepulcro del Apóstol, y á erigir en metropolitana aquella iglesia, estableciendo la vida claustral conforme á la regla de San Isidoro: todo según en la *Crónica de Turpín* se relata.

En cuanto á las sucesivas andanzas de Bernardo, concuerdan muy poco ambos prelados. El Bernardo medio Carolingio del Tudense se reconcilia con el Emperador, obtiene de él grandes honores, se hace glorioso entre los romanos, galos y germanos, y pelea con irresistible esfuerzo contra los enemigos del Imperio. Vuelto á España cuando ya reinaba Alfonso III el Magno, le asiste en sus victorias contra los moros,

puebla el Castillo del Carpio, cerca de Salamanca, y desde allí solícita, en son de guerra, la libertad de su padre, que el Rey le promete, aunque no declara el historiador si la promesa fué cumplida. Por entonces Carlos el Calvo hace una invasión en España, y Bernardo, con ayuda del renegado Muza, rey de Zaragoza, le derrota en las gargantas del Pirineo.

Mucho más sencilla es aquí la narración del Tolemano, que nada dice de esta nueva victoria contra los francos, ni tampoco de las empresas de Bernardo fuera de España; pero sí de sus hazañas contra los moros en tiempo de Alfonso III, de la fundación del Carpio y de la rebeldía contra Alfonso el Magno, en la cual Bernardo, aliado con los árabes, devasta las fronteras del reino hasta que el Rey le otorga la libertad de su padre, ciego y decrepito. Lo de la ceguera falta en el Tudense.

No parecía cosa muy fácil concordar estas dos versiones, que seguramente corresponden á dos momentos en la evolución de la leyenda; pero todo era posible con el sistema adoptado por los compiladores históricos de los tiempos medios. Cuando Alfonso el Sabio hizo escribir en lengua castellana nuestra primera historia general, dos libros sirvieron principalmente de base y entraron integros en ella: el de D. Lucas de Túy y el del arzobispo D. Rodrigo. Las diferencias entre ambos textos se arreglaron de cualquier modo ó de ninguno, y para completarlos se acudió á los *Cantares de gesta*, disolviendo en prosa su holgada metrificación, pero no de tal suerte que desapareciesen las huellas de su origen. La invasión de este elemento épico en la *Crónica General* empieza con la leyenda de Bernardo, que se presenta allí rica de pormenores dramáticos, los cuales había desechado antes la severidad de D. Lucas y de D. Rodrigo. Si los vestigios del primitivo cantar, ó *Estoria de Bernardo*, están en alguna parte, allí es donde deben buscarse.

En 1897 tuve la fortuna de publicar por primera

vez (1) el texto primitivo de esta leyenda, tal como aparece en la genuina *Crónica General*, valiéndome para ello de un códice del siglo XIV que poseo, y que pertenece á la misma familia que el célebre manuscrito escurialense, tenido como prototipo de la versión matriz. En él, y no en el texto abreviadísimo y desconcertado de uno de los compendios de la *Crónica* que en 1547 imprimió Florián de Ocampo, debe leerse esta larga é interesante narración, donde es fácil separar la parte tomada de D. Lucas y de D. Rodrigo, de lo que procede directamente de la tradición poética. No un solo *cantar de gesta*, sino varios, y nada conformes entre sí, habían corrido sobre las aventuras del héroe. La *General* prefiere uno, que es el que por excelencia llama *Estoria de Bernaldo* (acaso fuera ya una transcripción en prosa), pero se hace cargo de las variantes de los demás, aunque sea para rechazarlas como menos autorizadas. Había cantares, por ventura los más antiguos, en que Bernardo estaba entroncado con la familia carolingia á la vez que con la de León, y en que se le daba por madre á Doña Tiber, hermana de Carlomagno, la cual, viniendo en romería á Santiago, se había rendido al amor del Conde de Saldaña. «Et algunos disen en sos cantares et en sos fablas que fué este Bernaldo fijo de Doña Thiber, hermana de Carlos rey de Francia é que la llevó para Saldaña é que ovo este fijo en ella, é quel rescibió el rey don Alonso por fijo pues que otro non avie empós él...» (cap. VI del reinado de Alfonso el Casto). Y más adelante, en el capítulo XIII del reinado de Alfonso el Magno, hablando de un supuesto viaje de Bernardo á París: «É disen en los cantares quel dixo allí que era sobriño del rey Carlos el Grande, é fijo de Doña Timbor su hermana, é quel dixo Carlos que le prasie mucho con él. En la corte estava entonces un fijo de

(1) Puede verse en la introducción al tomo VII de las *Obras de Lope de Vega*, ed. de la Academia Española, pp. CVI-CXV.

»Doña Timbor, á quien dixo el rey sil querie resce-  
 »bir por hermano, é él dixo que non, ca lo non era.  
 »Bernaldo quando lo oyó pesol mucho de corazón, é  
 »desafiol ante el rey é salliose del palacio é fuesse para  
 »su posada. El rey Carlos enbiol estonces grant aver  
 »é cavallos é armas. Otro día mañana salliose Ber-  
 »naldo de Paris é fué andar por la vía é comenzó á  
 »fazer mucho mal por todos los lugares do andava».

En otras *gestas*, ó en estas mismas, se atribuían á Bernardo grandes empresas en Francia; y no faltaban juglares que diesen por principal campo de sus triunfos el Pirineo aragonés, atribuyéndole la población del Canal de Jaca y la conquista de Ribagorza: «É andando de la una é de la otra parte corriendo é robando quanto fallava, llegó á los puertos de Aspa é pobló y la canal que disen de Iaca. É tan grand era el miedo et el espanto que dél avien las yentes, que non sabien qué se faser antél, et él andando en esto ovo tres veses batalla con moros é siempre los venció é ganó dellos grandes riquezas además. Et con estos averes ganó él después dende el Aynsa fasta »Berbegal é Barvastro, é Sobrarve, é Monte Blanco: »todas estas fronteras mantenie él bien é esforçadamente. Después desto casó con una dueña que avie »nombre Doña Galiana, fija del conde Alardos de Latre, é ovo en ella un fijo á quien dixerón Galin Galindes que fué después mucho esforzado cavallero...» A lo cual añade la *Crónica* impresa por Ocampo: «Mas »porque non fallamos nada de todo lo que aquí havemos dicho de Bernaldo desde la muerte del conde don »Sandías, fasta en este logar, en las estorias que ficieron é compusieron los omes sabios, por ende non »afirmamos nos, nin dezimos que assí fuesse, ca non »lo sabemos por cierto, sinon quanto oimos dezir á los »juglares en sus cantares».

Precisamente en esta familia de cantares desdeñados por la *General*, estaban los únicos elementos históricos de la leyenda, ya se refieran al Bernardo nieto

de Carlomagno y rey de Italia, ya más bien al Bernardo, hijo de Ramón, conde de Ribagorza y de Pallars, casado con Doña Teuda ó Toda, hija del conde Galindo de Jaca, y fundador del monasterio de Ovarra, en la Noguera Pallaresa; personaje que ha yacido olvidado en las doctas páginas de Zurita, Pujades, Pellicer y Traggia, hasta que Milá y Fontanals le concedió los honores de la inmortalidad poética, haciéndole héroe de un *cantar de gesta*, que llamó *La Causó del Pros Bernart*, que es de lo poco verdaderamente épico que hay en nuestra literatura contemporánea.

La identificación de este Bernardo con el del Carpio fué ya propuesta en el siglo xvii por Pellicer, y las palabras explícitas de la *General* no dejan duda de que los juglares habían hecho de ellos un mismo personaje. Quizá el Bernardo ribagorzano habría dado asunto á alguna rapsodia fronteriza ó franco-hispana, que fuese como el germen de la tradición relativa á las hazañas de Bernardo en el Alto Aragón. Pero con este solo dato, aun reconociendo todo su valor, no se explica integramente el proceso de la leyenda, puesto que los cantares (si los hubo) que celebrasen al primer Conde de Ribagorza, no es verosímil que dijeran nada de Roncesvalles, ni mucho menos de la historia doméstica de Bernardo del Carpio, que es la parte verdaderamente humana y dramática de esta fábula. Todo ello debió de inventarse por grados, pero no á merced de una fantasía arbitraria. De los dos Bernandos históricos, el rey de Italia y el hijo de Ramón, ó quizá sólo del último, que por más cercano y más épico nos interesaba más, se tomó el nombre, que no es español, sino franco; y se tomó además el recuerdo de sus hazañas libertadoras contra moros y de su parentesco más ó menos remoto con la familia carolingia. Por eso en los cantares que tenemos por más antiguos, Bernardo aparece como hijo ilegítimo de una hermana de Carlomagno. Fácil fué transportarle de los montes de Aragón á los de Navarra, y hacerle tomar parte

en la jornada de Roncesvalles; al principio, acaso, como auxiliar, y después como vencedor de los paladines francos; pero todavía sin determinar concretamente ningún lance personal suyo, puesto que la lucha con Roldán es invención de poetas eruditos del siglo XVI, de la cual no hay rastro en la Edad Media. ¿Cuándo empezó Bernardo á convertirse en héroe leonés? No creemos que antes de la unión de Navarra y Castilla en la persona de D. Sancho el Mayor. Entonces sería cuando la obscura leyenda de Ribagorza, encerrada hasta entonces en los valles del Pirineo, penetrase en la tierra llana, en la región épica por excelencia, y fuese recogida y transformada por el sentimiento patriótico de los juglares castellanos, que convirtieron en protesta lo que hasta entonces había sido remedo. Conservábase memoria, sin duda, de los homenajes de Alfonso el Casto á Carlomagno, aunque nada hubiesen querido decir de ellos nuestros cronistas; se tenía tal sumisión por vergonzosa, y agrandábase la falta del Rey hasta suponer que había hecho expreso pacto con el Emperador de los francos ofreciéndole entregarle su reino ó designarle por sucesor en él. Como desquite de tal flaqueza se consideró la victoria de Roncesvalles, en que se hizo intervenir al mismo rey Alfonso, arrastrado por la voluntad unánime de sus ricos hombres. Pero no suelen ser los reyes los favoritos de la poesía épica, y así como el héroe de las canciones francesas de Roncesvalles no es Carlos, sino Roldán, así también el vengador de la honra española no es Alfonso, sino Bernardo, personaje castizo y definitivo, leonés ya por ambas líneas, que hunde en el olvido al hijo de Ramón y al hijo de Doña Tiber. ¿Cuándo empezó á sonar en los cantares el nombre del Conde de Saldaña? No antes de la segunda mitad del siglo XI, puesto que todavía en 1031 no estaba aquella villa regida por condes (1). Todavía hay que

(1) Lo estaba ya en 1056. En el Fuero de San Salvador de

conceder mayor espacio para la transformación de Doña Tiber en Doña Ximena; mucho más si se tiene en cuenta que el nacimiento ilegítimo de Bernardo parece calcado sobre la historia de la ilegitimidad de Roldán, que no suena hasta muy tarde en poemas franceses ó franco-italicos, si bien fundados probablemente en otros que se habrán perdido. De todos modos, el tema no pertenece á la primitiva epopeya carolingia. y es, por otra parte, bien sabido que lo último que se canta de su héroe son sus mocedades. Atendiendo á todas estas circunstancias, puede, aproximadamente, fijarse la redacción de la *Estoria de Bernaldo* en la segunda mitad del siglo XII, que es la misma época que generalmente se asigna al *Poema del Cid*, y que fué, según todos los indicios, la edad de oro de nuestra poesía histórica. Aun el nombre de *don Bueso*, que llevó un merino de *Saldaña*, en tiempo de D. Sancho III el Deseado, parece nuevo indicio en favor de esta cronología, si bien no carece de dificultad para identificarle con el *primo cormano* de Bernardo, el origen francés que en nuestros cantares se le asignaba y que parece retrotraernos á tiempos muy remotos. Así la *General*, en el capítulo VIII de Alfonso el Magno: «Llegáronle nuevas de commo un alto ome de »*Francia* que avie nombre Bueso le era entrado en »la tierra con grand hueste et que ge la andava des- »truyendo quanto más podie. El rey fué entonces con- »tra él con grant poder et ovo con él su batalla en »Carrión, que es en la tierra de Castilla é murieron y »muchos de cada parte. *Et algunos disen en sus canta- »res* que este Bueso era primo cormano de Bernaldo. E »lidiando assi unos con otros oviéronse de fallar aquel

Cantamuda, publicado por el docto montañés D. Angel de los Rios y Rios en su *Noticia histórica de las Behetrias* (Madrid, 1876, pág. 161), confirman *Comite Assur Didaci et Comite Gomez Didaci in Saldania*. Este conde Gómez Díaz fué fundador del Monasterio de San Zoil de Carrión.

»Bueso é Bernaldo, é fuéronse ferir uno á otro tan de  
»resio que las lanzas fizieron quebrar por medio. Desi  
»metieron mano á las espadas, é dábanse grandes  
»golpes con ellas, pero al cabo venció Bernaldo é mató  
»y á D. Bueso». No es aventurado suponer que de  
este combate personal de Bernardo con un *alto ome de*  
Francia (por otra parte desconocido en la poesía de  
nuestros vecinos) naciese andando el tiempo el episo-  
dio de la lucha cuerpo á cuerpo entre Bernardo y  
Roldán.

Digamos, pues, con Milá y Fontanals, á cuyo ta-  
lento analítico y docta sagacidad se debe la más plau-  
sible solución de este intrincado problema de historia  
literaria que «el presente ciclo se formó, con el apoyo  
»del Bernardo de Ribagorza, por influencia, por re-  
»medo, y pudiéramos decir por emulación de los can-  
»tares franceses». Y puede añadirse que suplantó á  
estos cantares, y que con ser una ficción enteramente  
poética y antihistórica, penetró con facilidad en las  
historias latinas y castellanas, y reinó sin contradic-  
ción en ellas hasta fines del siglo XVI: lo cual prueba  
que Bernardo, aunque materialmente no existió, á lo  
menos en el tiempo y en los lugares que se suponen,  
*debió haber existido*, y fué engendrado por una nece-  
sidad moral y patriótica, sin lo cual hubiera vuelto  
muy pronto al limbo de la obscuridad, como tantos  
otros hijos de la fantasía poética que nada vivo ni ac-  
tual representan.

Imposible es hoy determinar cuál sería el conte-  
nido de la *Estoria de Bernaldo*, tal como se cantaba ó  
leía en el siglo XIII, purgada ya de los resabios afran-  
cesados que tuvo en su origen. Hemos visto que el  
Tudense y el Toledano no concuerdan entre sí, ya por-  
que se valieron de textos diversos, ya principalmente  
por la mezcla de especies históricas y eruditas, que  
ellos se afanan por conciliar con la tradición popular.  
Además, uno y otro, sin duda por la severidad his-  
tórica que cuadraba á su intento, prescinden de la

parte dramática de la leyenda; y otro tanto hace el  
autor del *Poema de Fernán González*, que precedió,  
como es sabido, á la *Crónica general*. Bernardo, en el  
proemio histórico de este poema, no es más que el  
vencedor de Roncesvalles con gentes españolas, pero  
aliado con el rey Marsilio, sobre cuya alianza hace el  
poeta cristianas salvedades, lo mismo que D. Lucas  
de Túy, á quien generalmente sigue (1).

Pero ni el Tudense, ni el Toledano, ni el monje de  
Arlanza nos dan más que el esqueleto de la parte his-  
tórica de la leyenda. No tenemos un *Roncesvalles* cas-  
tellano. Mucho mejor conocemos la parte novelesca,  
gracias á la feliz ocurrencia que los redactores de la  
*General* tuvieron de suplir con los textos poéticos los  
vacíos de las crónicas latinas. La transcripción debió  
de ser bastante fiel, puesto que en algunos pasajes se  
descubren todavía rastros de versificación, y en mu-  
chos persiste el diálogo. Pertenecen, pues, al género  
de escenas épicas derivadas inmediatamente de los  
cantares, la prisión del Conde de Saldaña, la revela-  
ción que dos dueñas fijasdalgo hacen á Bernardo del  
secreto de su nacimiento, las sucesivas peticiones que  
dirige al Rey sobre la libertad de su padre, y la su-  
blime escena final, en que llega á tocar su mano hela-  
da por la muerte. Copiaremos algunos de estos trozos

- (1) Sopo Bernaldo *del Carpio* que franceses passavan,  
Que á Fuente Rrabya todos ay arryavan  
Por conquerir á Espanna, segun que ellos cuydavan  
Que gela conqueririan, mas non lo bien asmavan.

Moyió Bernald del Carpio con toda su mesnada,  
*Si sobre moros fuese era buena provada,*  
Movyeron para un agua muy fuerte é muy yrada,  
Ebro la dixerón, siempre assí es hoy llamada.

Fueron para Caragoca á los pueblos paganos,  
Besó Bernald del Carpio al rey Marsyl las manos,  
Que diese delantera á los pueblos castellanos  
Contra los doce Pares esos pechos lozanos.

Tovo la delantera Bernaldo esa ves,  
Con gentes espannones, gentes de muy gran pres;  
Vencieron esas oras á los franceses muy de rafés:  
Fué esa á los franceses más negra que la primer ves.